

Tarragona

María Francisca Méndez Fernández, 61 años

Andrea Maria Torres Alonso, 19 años

ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

A continuación, M. Francisca Méndez Fernández reconstruye la historia de su abuelo, una de tantas víctimas que se cobró la guerra civil y que tuvo más importancia en la vida de Francisca de lo que ella misma creía hasta que explicó lo sucedido.

Paquita, como me invitó a llamarla, es una mujer de su casa. Recuerdo que el día que fui a que me explicara su historia, estaba preparando una deliciosa escalivada. Después de una vida entera trabajando ahora le gusta hacer lo que quiere y cuando quiere. A simple vista parece una mujer inquieta; destaca una lejana relación con la política y desde hace sólo un año ha descubierto una nueva faceta, la pintura. Alegre y dicharachera, me muestra su libreta de bocetos, la gran mayoría de ellos paisajes irreales y con una gran cantidad de barcos que titula con suave trazo caligráfico Canoa canadiense, Portaviones, Yate canoa... Quizás le gustaría marcharse en uno de ellos. Parece que no, pues aunque su marido insiste en coger “un viaje de esos del IM-SERSO”, ella no quiere. Prefiere quedarse en su casa, “a mi bola, como dicen los jóvenes”; por eso, si Paquita viaja, es para ver a alguno de sus cinco hijos, que tiene repartidos por toda España.

A priori, Paquita es una mujer normal, o al menos eso me transmitió en nuestro primer encuentro. Reconoció que se casó joven con el hombre que todavía hoy es su marido; me habló de su larga vida laboral y de sus penas y alegrías, entre estas últimas sus hijos. Esta vecina de Tarragona ha vivido en varias poblaciones de la península, como Cuenca o Eibar, pero nació en un pueblo de Zamora, Coreses, donde, como en tantos otros lugares, la guerra civil dejó una profunda huella. Raro es el caso en que la muerte no ha pisado nuestros caminos, y el caso de Paquita no es una excepción. Cerca de su pueblo natal, en Molacillos, nació y murió su abuelo Venancio Fernández, quien en 1936 vivió su último día como alcalde, al convertirse en la primera víctima que se cobró la contienda civil en aquellas tierras. Venancio murió a manos de sus propios vecinos la misma noche en que, en Torres, el pueblo más cercano, violaron y mataron a tres mujeres.

Miles de relatos como éste manchan nuestra historia, hasta el punto de que el hecho de que corriera la sangre entre vecinos ya no nos resulta sorprendente, ni tampoco escandaloso. La madre de Paquita le aseguró que a su abuelo lo mataron por ser de izquierdas; “lo mataron a palos y lo tiraron al río”, afirma con tono solemne. Nada se supo del cuerpo de Venancio; no lo pudieron enterrar. Lo único que encontraron fueron sus tirantes enredados en los matorrales que había junto al río, unos tirantes de cuero que él mismo se fabricaba y que les llevaron a pensar que, seguramente, el alcalde de Molacillos descansaba en algún punto del río Valderaduey. Aquellos tirantes fueron los que le sujetaron a este mundo en sus últimos segundos de vida, mientras sus propios vecinos le arrastraban hacia el agua.

Paquita no llegó a conocer a su abuelo; aun así, sigue echando de menos los abrazos que no sintió, el cariño que no recibió. Este episodio marcó un antes y un después en su vida. Desde entonces, en su casa jamás se volvió a hablar de política. Su madre murió a los 89 años, todavía “con el miedo en el cuerpo” y sin entender muy bien por qué no la mataron la misma noche que mataron a su padre, el día que estrenó aquellos zapatitos de charol rojo que él le había comprado.

Pero la historia del abuelo de Paquita tiene otras aristas no menos oscuras. Al parecer, el alcalde de Molacillos no era todo lo creyente que muchos de sus vecinos creían que debía ser. Por eso, después de apalearle y antes de tirarle al río, le hicieron cargar con un gran crucifijo a la espalda, como si de un mártir se tratara.



No le hizo falta vivir el momento. A Paquita le basta con cerrar los ojos para ver a su abuelo arrastrándose por las calles de Molacillos, las calles de su pueblo. En ese mismo pueblo murió más tarde su hijo, a los 16 años, el que hubiera sido tío de Paquita, en un “accidente de caza”, algo que Paquita pone en duda, pues las heridas entre los vecinos nunca se cerraron.

Paquita cuenta lo que le explicó su madre, los últimos momentos de su abuelo, con rabia, dolor e impotencia, sin entender muy bien qué sucedió para que a su madre no la violaran, ni la mataran por ser hija de quien era, pero dando gracias porque la salvación de ésta significó su vida. Curiosamente, si ahora tuviera que dar gracias a alguien, Paquita se las daría a Jehová, pues desde hace 18 años se bautizó como testigo de Jehová y abandonó todas las creencias y prácticas rituales del catolicismo. Ahora Paquita ve las cosas de otra forma, se toma la vida de otra manera; ni peor ni mejor, sino como ella quiere. No tiene muy buenas palabras para la Iglesia. Para ella, aquella Iglesia que se mantuvo del lado del franquismo no movió un solo dedo cuando asesinaron a su abuelo y a su tío.

Puede que el episodio de su abuelo fuera el motivo del cambio de religión de Paquita. No sabe qué responder, resuelve la duda con un “puede ser”. Han pasado más de 70 años. Paquita ha crecido y aprendido, pero no ha olvidado. Si algo le ha aportado la religión es esperanza y fe: esperanza por volver a ver a su abuelo y “comérselo a besos” el día de la resurrección, y fe en que algún día llegará ese momento.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Después de 61 años, Paquita asegura que lo que más merece la pena en la vida es la familia: ver sonreír a sus cinco hijos es para ella lo más maravilloso. También da mucha importancia a mantenerse activo; en su caso, canaliza sus energías hacia la pintura, algo que a ella le da vida y le produce una satisfacción inmensa, sobre todo cuando observa sus cuadros colgados en el salón de su casa.

No obstante, a Paquita, como testigo de Jehová, la religión también le ha aportado y le sigue aportando mucho. Le ilusiona la promesa que hizo Dios: el nacimiento de un nuevo mundo sin maldad ni corrupción, donde volverá a ver a los familiares perdidos en este tiempo, a su abuelo, a su hermano, a su tío o al hijo que perdió al poco de nacer.

Cada uno se aferra a una creencia, la religión, el destino, la suerte o, simplemente, vive como si cada día fuera el último. Paquita tiene claro que hacerse testigo de Jehová es una de las mejores cosas que le ha sucedido en la vida; pero respeta cualquier opinión o discrepancia, porque cada uno es libre de escoger en qué creer o no creer. Como afirmó con una sonrisa en los labios, “lo pasado, pasado está”; lo importante es mirar hacia delante”.